

INTENSIDAD

Diálogo con Kenneth Frampton

PUBLICADO EN

Principia Architectónica. Mairera Libros. Madrid, 2012

INTENSIDAD

Diálogo con Kenneth Frampton

Casi cerrado el ciclo de los research papers, escritos en el año sabático pasado en Columbia University, Kenneth Frampton me citó una tarde de abril, antes de mi preceptivo viaje trimestral a España. Y mantuvimos un diálogo cuyo interés creo suficiente como para ser transcrito tal como tuvo lugar. Quedamos en el restaurante italiano de Amsterdam Avenue al que Frampton suele ir y nos sentamos en la misma mesa de siempre, él con una copa de Riesling, y yo con un café expreso doble.

Aunque la conversación empezó con mis encendidos elogios al concierto al que había asistido unos días antes en el Avery Fisher Hall del Lincoln Center, con las Vísperas Solemnes de Mozart, el Requiem de Lauridsen y el Requiem de Fauré, pasamos enseguida a hablar de Arquitectura. Y entonces él pronunció la palabra intensity como cualidad imprescindible para toda Arquitectura que merezca la pena. Y aunque yo había decidido ya cerrar el ciclo de mis research papers, tan interesante me pareció la charla, que tomé la determinación de transcribirla y añadirla como adenda a mis Principia Architectonica.

No puedo dejar de reseñar aquí cómo Kenneth Frampton, además de estar en plena forma física y mental, sigue siendo el arquitecto, profesor y crítico más prestigioso e influyente en el mundo de la Arquitectura. No sólo por sus libros, *Modern Architecture: a Critical History*, *Studies in Tectonic Culture*, o *Labour, Work and Architecture*, sino además por su constante labor de dirección de Tesis Doctorales y trabajos de investigación desde su puesto de Ware Professor en Columbia University. Y por sus múltiples ensayos, introducciones y conferencias. Fue muy significativo el multitudinario homenaje que se le dio el pasado noviembre con motivo de su 80 cumpleaños. No faltó nadie.

Tras pronunciar la palabra mágica intensity, acordamos cómo las tres condiciones deseables para un arquitecto que merezca la pena son: construir obras radicales, ejercer la docencia a fondo y elaborar textos profundos con los que transmitir las razones en las que aquellos trabajos y esta docencia se basan. Ideas, dibujos y palabras, como si de las tres patas de una mesa se tratara.

Y hablamos de la Belleza.

Frampton argumentó, de la mano de San Agustín, sobre la Belleza como esplendor de la Verdad. Tras recordar a Platón en *El Banquete*, de quien San Agustín toma esa brillante imagen, le conté cómo había descubierto en las últimas líneas de la *Ode on a Grecian Urn* de John Keats ese "Truth is Beauty, Beauty Truth". Y le conté del regalo que es en Nueva York el poder comprar libros estupendos y muy baratos en la calle. Y que el último había sido el libro de poemas de Keats donde había hecho ese tan poco original pero maravilloso descubrimiento.

Frampton entonces me recordó cómo el escudo de la AA, la Architectural Association de Londres, donde él había cursado la carrera de Arquitectura, estaba adornado con una cinta que rezaba “Design with Beauty, Build in Truth”, que de cierta manera resumía todo aquello de lo que estábamos hablando.

Y hablamos de Filosofía.

Me volvió a recordar a Hanna Arendt, la filósofa judía discípula de Heidegger que fue perseguida y por la que él siente predilección. Insistió en recomendarme la lectura de La condición humana, su texto básico.

Él ya me había descubierto a Osip Mandelstam, el poeta ruso también judío, encarcelado por Stalin, que recitaba La Eneida de Virgilio a los otros presos. Su Coloquio sobre Dante es un texto sobre la creación artística de una belleza insuperable. Imprescindible en la biblioteca de cualquier arquitecto. El original está escrito en ruso. Yo lo tengo en castellano, en una espléndida traducción de Selma Ancira, y se lo regalé a Frampton en inglés, traducido por Clarence Brown y Robert Hughes. Desde hace tiempo lo incluyo en la bibliografía que doy a mis alumnos. También le recordé que él me había hablado por vez primera de John Donne, un poeta inglés del XVII, pariente de Tomás Moro, al que estoy empezando a leer.

Frampton habló entonces del filósofo español Ortega y Gasset, del que conocía los diálogos con Heidegger en Darmstadt de donde procede su ensayo Meditación sobre la Técnica. Yo, tras recordarle cuántas veces he llevado ideas de ese escrito a mis textos, le hablé de Xavier Zubiri, discípulo de Ortega y de su escrito con ocasión de la concesión en 1982 del Premio Nacional de Investigación en España. Y de cómo Zubiri agradecía allí a la sociedad española que con ese premio reconociera que también la Filosofía es una verdadera labor de investigación. Y yo le contaba cómo si en ese texto se cambia la palabra Filosofía por Arquitectura, el texto sigue siendo válido y muy eficaz para explicar muchas cuestiones de las que estábamos debatiendo. Así lo he hecho ya alguna vez.

Y hablamos de Arquitectura.

Frampton, muy generoso, me preguntó sobre mis trabajos. Yo le hablé de mi obra frente a la Catedral en Zamora, una recia caja de piedra abierta al cielo construida con grandes piedras como las de la Catedral. Y de la delicada caja de vidrio en el interior, al abrigo de aquellos muros y de los árboles que allí hemos plantado. Y le describí la Piedra Angular de 2,50 x 1,50 x 0,50 metros que hemos colocado en la esquina, frente a la Catedral, donde hemos grabado HIC LAPIS ANGULARIS MAIO MMXII POSITO. Como rezan las cornerstone de Columbia, pero en latín. Y los inmensos vidrios sin costura de 6 x 3 metros, con los que hemos construido la caja de vidrio, en los que hemos grabado al ácido HOC VITRUM ANGULARIS MAIO MMXII POSITO.

Él sacó a relucir sus ideas de cuando era joven, cercanas al comunismo, y de cómo se han atemperado con los años, él y sus ideas. Y pasó a Aalto y a Villa Mairea, comparándola con la casa Tugendhat y Mies van der Rohe.

Hablamos maravillas del último Pritzker, Eduardo Souto de Moura. De su persona y de su obra. Ambos hemos escrito sendos textos para una Exposición que se viene organizando en Oporto desde antes de serle concedido el premio. Le comenté que parecía raro que él, Frampton, no hubiera formado nunca parte del jurado del Pritzker. Tras sonreír ampliamente, cambió de tema. Y hablamos de los amigos, como Toshio Nakamura. O David Chipperfield y Steven Holl, que serán los próximos Pritzker. Y volvimos a estar de acuerdo en cómo para hacer una arquitectura de calidad hacía falta dedicar muchísimo tiempo y construir menos obras. Porque el problema de muchos de los arquitectos del Star System era que hacían tantas obras que se disolvían en ellas. Y hablamos largo y tendido sobre Rem Koolhaas y sobre Herzog y De Meuron y sobre sus enormes obras en los países asiáticos.

Le conté entonces que cuando acudí a la invitación de un buen amigo arquitecto de mi misma edad, me comentó que acababa de construir su obra número 2000, ¡dos mil! Y que al volver a casa cogí vanidoso todas mis publicaciones y contabilicé que yo había construido, a lo largo de toda mi vida, sólo 37 obras. Y de cómo me entró una pequeña depresión. Y cómo aquella misma noche estaba leyendo una divertida biografía de Shakespeare, de Bill Bryson donde hablaba de las sólo 37 obras dramáticas del maestro. Y cuán feliz estoy desde entonces, tras saber aquello.

Y volvimos a poner la intensidad sobre la mesa. Una condición tan imprescindible como difícil de encontrar en tantas obras como se están construyendo en este ya largo tiempo dominado por la superficialidad. No le pregunté si estuvo presente en la entrega en 1982 de la Medalla de oro del RIBA a Lubetkin, autor de la rampa de los pingüinos en el Zoo de Londres. En su discurso contiene muchos párrafos sobre esta falta de rigor de la Arquitectura de nuestro tiempo, y muchos temas de los que aquí estábamos debatiendo. Pareciera estar escrito hoy, tan certeros eran sus juicios.

Y convinimos en cómo esta Intensidad en la Arquitectura habla no sólo de la Verdad necesaria para llegar a la Belleza de una obra, sino también de la fuerza que debe tener para llegar a producirnos esa Suspensión del Tiempo que sólo las mejores creaciones artísticas son capaces de provocar. Suspensión del Tiempo que es el tema de mi último Research Paper.

El largo diálogo, a fuer de interesante, nos pareció a los dos muy corto. Tan a gusto estábamos. Pero el tiempo real apremiaba, y debimos terminar. La taza de café vacía, y vacía la copa de Riesling, y nosotros llenos de satisfacción, felices.